
PROVIDENCIA DE DIOS EN EL RÉGIMEN Y GOBIERNO DEL UNIVERSO.

(CONTINUACION) (1)

El Nuevo Testamento no es ménos abundante en hechos análogos. Jesucristo habia de redimir al género humano con su inapreciable sangre; antes habia de predicarle la Buena Nueva, el Evangelio, la doctrina más excelente, y la predicò, y justificò sus palabras con sus obras, y entre sus obras están sus milagros, esos portentos y maravillas del poder de un Dios que se humanaba, sin merecerlo el hombre, pero necesitándolo el hombre.

Y aquí podemos detenernos un instante ante aquella oracion de alabanza y de providencia con que Jesus nos enseñò à dirigir nuestro corazon al cielo. En ella, después de alabar al Eterno Padre, nos dice que le pidamos el pan nuestro de cada dia, y que no nos deje caer en la tentacion, y nos libre de todo mal.

Esta oracion, por si sola, es, en nuestro pobre juicio, el argumento más poderoso y claro de la Providencia de Dios, providencia constante y actual sobre el género humano.

Sigamos. Jesus dice à sus apóstoles que tengan fortaleza, que El hablará por ellos, que estará con ellos, y que estaria con los hombres hasta la consumacion de los siglos. Y aunque esta última promesa se haya de referir à su presencia real en el Sacramento eucaristico, ello es, que en el Sacramento, como fuera de él, Jesucristo habia de estar y está con su Iglesia, esto es, con sus hijos los creyentes.

¿Y para qué lo prometió? ¿Qué proteccion iba à prestarles?

(1) Véanse los dos números anteriores.

Si dáda la libertad humana, ya no hay nada que hacer, nada que remediar ó evitar, ó inclinar ó en que ejercer influjo y accion, están demás nuestras peticiones á Dios; está demás que se nos enseñara á pedir, y que se nos ofreciera darnos, y estar con nosotros constantemente; ofertas, que no nacieran de ningun ser pura y únicamente humano, sinó de Dios Todopoderoso, todo grandeza, todo sabiduría, todo amor.

En la misma magnífica oracion del Padre nuestro, nos enseña á que digamos «hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo.» De modo que, aun con la libertad del hombre y todo, debemos pedir que se haga la voluntad de Dios; y al pedirlo, no es esto en vano, que nada en vano dijo, ni mandò, ni recomendó Jesucristo, Salvador del mundo.

Esta voluntad de Dios se cumple antecedentemente en todas las cosas, y su sabiduría y poder ya saben y pueden armonizar que no falte la providencia, sin perjuicio de la libertad del hombre.

En el Nuevo Testamento ¡ah! qué de grandezas! Jesus resucita entre otros muertos á Lázaro, la voluntad de Dios arranca de los escuálidos brazos de la podrida muerte al hermano de Marta y de María. Un poco (de pan, unos cuantos peces, se multiplican al influjo de la mirada de Jesus, que quiere socorrer á un pueblo numeroso que le escucha. Lo que hizo con ese poco de pan, lo está haciendo todos los dias, socorriendo á la humanidad, que cree muchas veces que no ha de tener con qué poder alimentarse.

¿Y la conversion de la Samaritana? ¿Y la de la Magdalena? ¿Y la salvacion de Dimas? ¿Y la conversion del Apóstol, del enérgico Pablo, que cae ciego del caballo para resucitar á la vida de la gracia, y ser después la vida de muchos? ¿Y el vaticinio, si así podemos llamarle, que más bien es decreto, sobre la destruccion de Jerusalem y dispersion de los judios, que van todavía errantes, contra su voluntad, dando testimonio fehaciente de la Verdad, y del poder de Jesus, y de la providencia de Dios?

Y ahora, ¿á qué hemos de recurrir á la historia profana, para que nos suministre acontecimientos que confirmen estar la mano providencial de Dios obrando sobre el mundo permanentemente? Si recurrieramos á esa historia, ella nos presentaria imperios que caian bajo la podredumbre de sus costumbres, porque viviam apartados de Dios; nos enseñaria una gloriosísima, aunque sangrienta época de mártires, sellando su fé con su sangre para que én ese rojizo espejo se mirara la fortaleza ó la tibieza de los futuros creyentes, y sirviera de perenne estímulo para la propagacion del Evangelio.

La historia nos diria como cayeron sobre Europa torrentes de bárbaros, masa preparada para las nuevas civilizaciones, á cuyo frente habia de marchar al fin la Cruz.

La historia nos hablaría de la derrota en Guadalete, donde que-

daron confundidas la inmoralidad y la molicie, dando paso á ochocientos años de esclavitud agarena y de lucha heròica que habia de concluir con un grandioso coronamiento, con uno de los acontecimientos más brillantes y trascendentales que han presenciado los siglos ¡el descubrimiento del Nuevo mundo..! Y sobre esto: juzgamos oportuno detener aqui unos momentos la consideracion, aunque sea alterando el òrden de los sucesos.

Fernando V. é Isabel 1.^a se unen en matrimonio. Con este enlace, se verifica la unidad política de España, que ya gozaba de la inapreciable perla de la unidad religiosa. Con ese enlace, apareció España unificada y fuerte, y los caracteres de aquellos esposos eran precisamente los más á propósito, los que convenia adunar para las grandes empresas que se habian de suceder.

Fijémonos bien en esto. Pensemos en otros dos caractéres; pensemos en que no se hubiera verificado la union de Fernando y de Isabel. ¿Se habria conquistado á Granada? Tal vez nó; se hubiera descubierto el nuevo mundo? Tal vez no

Después de este razonamiento, digamos: Fernando é Isabel se unieron y por ser ellos los que se habian unido, la reconquista tuvo fin, tomándose el último baluarte de los moros, la hermosa Granada, la hija de la antigua Ilíberi.

Y ya en Granada, ya despejado el horizonte de turbantes y cimitarras, pudo pensarse en otras empresas, y vino Colon, el despreciado de otras naciones, y fué comprendido por aquella reina, que no tardó en hacer sacrificios especiales para proporcionar á Colon los bajeles que le habian de conducir por los ignotos mares.

Y el hecho maravilloso é inesperado se realizó, y concurren para esa realizacion diversidad de circunstancias especiales. El matrimonio de Fernando é Isabel: ser estos caractéres los más adecuados para la terminacion de la lucha de siglos que se sostuvo con los árabes: ocurrir la conquista de Granada: ser Colon quien era, no solo como hombre de ciencia, sino como hombre de corazon valeroso y lleuo de virtudes: acudir entonces éste y hallar en los caracteres de Fernando y de Isabel lo que se requería ó era bastante para ayudarle en su privilegiada empresa.

¡Oh! acatemos aqui los designios de Dios providente, que armoniza los hechos y circunstancias y caracteres, y da el impulso á los acontecimientos, segun su voluntad y sabiduria infinita, sin amenguar la libertad del hombre.!

¡La historia, la historia!

¡Cuanto nos dice, cuanto nos enseña! Después de ese grande acontecimiento hemos visto á la Europa conmovida, agitadísima, principalmente, á España, en las conquistas de la que fué llamada América; y las naciones salvajes, y los pueblos, y las tribus vinieron á otra vida: á la de la civilizacion y progreso; y la marina, y las ciencias, y las artes se han enriquecido con nuevos adelantos, descubrimientos y movimiento de riqueza.

Y eso que puede decirse, que ahora empieza la vida de la América ¡Qué de arcanos especiales encerrará su futura historia, al cumplimiento de los designos de Dios!

Podríamos citar muchos acontecimientos, tanto de la historia antigua como moderna, en que se revela la mano de la Providencia en el curso de los sucesos: nos haríamos molestos en demasía si nos detuviéramos en tantos notables acontecimientos como han tenido lugar. En la historia de la religión, hubiéramos recordado ó recordáramos los nombres de Francisco de Ásis, Domingo de Guzman, Tomás de Aquino, Teresa de Jesús, Juan de Dios, Vicente Ferrer, Vicente de Paul, Francisco Javier, Francisco Solomé, y antes los de Antonio el del Yermo, y Agustín y Gerónimo, y Ambrosio, ¡Oh! sería interminable tarea la de recordar la particular y maravillosa historia de estos y otros muchísimos ilustres mensajeros de la Providencia de Dios sobre la tierra!

Y en otro orden de ideas, ¡cuan magnífico cuadro se nos presentaría también! ¿No vemos la mano de Dios, por ejemplo, en la marcha social, política y religiosa que imprimió á la Europa la gran figura de Carlomagno?

Al aparecer en Francia como sol de las demás glorias que habían precedido en la historia, según la bella frase de un escritor moderno, hace que la Europa reciba el grande impulso de sus leyes y de su poder. Ese emperador, tipo ideal de la monarquía cristiana, como dice el mismo escritor, fué, añade éste, el resúmen viviente de todas las fuerzas motrices de Europa, y cuyo movimiento el mismo Dios imprimía á la humanidad, sin oponerse á su albedrío. En estos términos se expresa ese escritor, y con grande fundamento lo dice, pues la influencia de aquel portentoso reinado se ha dejado sentir por muchos siglos.?

¿Y qué diríamos de la aldeana de Vaucouleur, Juana de Arco, que aparece á vengar á Francia de los ultrajes que Inglaterra le infería, y vence prodigiosamente, y ciñe Francia la aureola del triunfo, tanto más importante, cuanto mayor era el antagonismo terrible que había entre las dos naciones, y que dura todavía, sin haberlo podido desvanecer el viento de los siglos.?

No es nuestro ánimo engolfarnos en el grande mar de la historia, entre cuyas revueltas oleadas vemos siempre conducido el bajel de la humanidad por un soplo eficaz y providente; presentamos solamente ejemplos; por lo que iremos concluyendo, más no sin hacer antes algunas ligeras indicaciones sobre dos épocas importantísimas; una la de la Revolución francesa, á fines del siglo último; y otra, la que estamos atravesando.

Pocos, muy pocos seremos en este punto, por más que el asunto se presta á prolijas consideraciones; la índole de este trabajo no nos permite otra cosa, y el fondo y los detalles de esas dos épocas, tampoco nos permiten aquí, lo que en palenque dis-

tinto abordariamos, no precisamente para la expresion de sistemas políticos, sinó en corroboracion de la verdad de la tesis que venimos sustentando en esta disertacion.

(Se continuará.)

CARLOS M.^a BARBERÁN.

A TI.

Postrada ante el altar te vi de hinojos,
 Poloma de mis ojos;
 Y el eco producía
 Tu súplica anhelante en sus antojos;
 Y con tus labios rojos
 Por las naves del templo repetía:
 « Dios te salve, María. »

Te vi fija en el suelo;
 La mirada velabas
 Tras la gasa flotante de tu velo;
 Y en mi amoroso anhelo
 Te tomé por la Virgen que adorabas,
 Y al templo por el Cielo.

Y mientras tú los ojos.
 Llevaste al Cielo en la plegaria pía
 ¡De aquellos labios rojos....!
 Yo loco repetía
 Postrado ante tus pies, niña, de hinojos:
 « Dios te salve, María. »

JACOBO RUBIRA.

APUNTES SOBRE

el progreso, la moral, y el catolicismo.

Atravesamos un periodo tan lleno de anómalos contrastes, que á simple vista no acertariamos á definirlo: hay en el giro de las ideas modernas tales contradicciones, que afectarían visos de paradoja, is un estudio verdaderamente imparcial y reflexivo, no nos llevase á la explicacion de tan frecuentes anomalías.

No nos proponemos entonar una oracion fúnebre al espíritu del siglo, evocando como ideal de progreso el recuerdo de otras civilizaciones que pasaron: el siglo de la electricidad y del vapor ha conquistado suficientes tímbrs de gloria, para buscarse un modelo en los tiempos que fueron.

Pero esto no obstante, fuerza es conocer que aun nos queda gran trecho que recorrer para llegar á una civilizaci6n robusta: ¿Cuántas veces viene á coincidir un descubrimiento que hace variar la faz de una ciencia, con el espectáculo de una revoluci6n secular, que, con su indispensable séquito de desastres y lágrimas, lleva la desolaci6n al seno de cien familias.? Esto nos mueve naturalmente á considerar que hay un vicio en el organismo de la sociedad que tales ejemplos ofrece.

El aspecto de nuestra sociedad, sugiere á la imaginaci6n el recuerdo del Imperio romano en los momentos que precedieron á su ruina. Allí brillaba la inteligencia con luz esplendente: los poetas cantaban en versos cadenciosos las glorias de los héroes y la duraci6n del Imperio; el arte se ostentaba doquiera en maravillosas construcciones, y la elocuencia peroraba en los festines; y esto sucedía cuando aquel gran pueblo comenzaba á dormir el sueño de la muerte; cuando el trono de los Césares oscilaba inseguro al indómito trotar de los ginetes bárbaros, ¿sabeis por qué? porque á las costumbres austeras de la Roma republicana, habia sucedido una relajaci6n febril, y embriagada de placeres aquella Ciudad que fué la señora del mundo, sus brazos se enervaban, su corazon se corrompia; ¡poco importa que la frente se anime si el corazon se corrompe!

Hoy también brilla la inteligencia con fuertes resplandores: el vuelo alcanzado por las ciencias físicas y naturales es verdaderamente prodigioso, pero los esfuerzos van encaminados con un afán casi exclusivo á acrecentar los bienes materiales, siquiera

estos consistan en un cañon Plasencia ó un fusil Remington. ¡ Cuanta madre en la intensidad de su dolor habrá maldecido la inteligencia que forjara tales inventos. ! Hoy tambien la razon, ofuscada con la gloria de sus triunfos, ha legado al olvido las verdades del órden moral, verdades inmutables y necesarias, sin cuya satisfaccion es inutil toda idea de progreso, y vana toda aspiracion civilizadora.

Ahora bien: ¿què es la moral? ¿como darémos exacto cumplimiento á sus prescripciones.? Cuestion es esta asaz debatida y diversamente resuelta en nuestros dias, con ménos rectitud de intencion, que espíritu de sistema por algunos.

Al abordarla nosotros, no pretendemos, à ejemplo del gran filósofo griego, empezar dudando de todo, para constituir de nuevo el edificio de la ciencia á la luz de una dialéctica rigurosa; pero forzoso nos es fijar algunos antecedentes indispensables al objeto de estos apuntes.

Todo cuanto compone el vasto cuadro de la creacion se halla sujeto al imperio de la ley: tanto esos mundos brillantes que constantemente se agitan sobre nuestras cabezas, como las inertes arenas que forman el lecho de los mares, cumplen su destino obedeciendo á reglas fijas, constantes, uniformes, y de cuyo cumplimiento resultan la armonía y magnificencia en la naturaleza. Si pues el mundo físico tiene sus leyes reguladoras, fuera insensato concebir sin ellas la obra más importante de la divinidad, es decir, el hombre. Impreso en su frente el brillo del pensamiento y del raciocinio, no debia caminar al acaso ó cuando ménos al mero capricho: por eso, lógica, séanos lícita la frase, la divinidad con su creacion predilecta, gravò en el corazon humano un admirable conjunto de sabias leyes que debian ser norma de conducta en cada uno de los actos de la vida.

En efecto: si concentramos la atencion al fondo de la conciencia no podrémos por ménos de oír con claridad una voz misteriosa que nos hace entender que estamos obligados á ejecutar unas acciones y á omitir otras: este dictamen es el mismo en todos los hombres, se ha presentado idéntico en todos los tiempos y pueblos de la tierra, y ha subsistido sin cambiar à través de las generaciones y en medio de las fluetuaciones del espíritu humano: las más escépticas negaciones chocan y se estrellan ante el testimonio de la conciencia, ante la evidencia de la ley natural, código incomparable en el cual se inspiran las mejores leyes civiles, como fundamento esencial que es de la justicia humana, y origen de todos los derechos sociales: él es tambien el fundamento de la moral, mejor dicho, es la moral misma, y hénos aquí concordar con los más independientes adalides de la *moral universal*, cuyo sistema, empero, vamos á evidenciar como altamente peligroso y nocivo.

Y á la verdad; si existe dentro de nosotros la idea del deber,

la noción del bien y el principio de lo justo. ¿no deduciremos que la conciencia individual abandonada à sí misma, es capaz de realizar el cumplimiento de las leyes morales? No se concibe una filosofía que lleve sus aberraciones hasta el punto de dar una solución afirmativa à esta pregunta, y sin embargo, ¡cuantos *gènios bienhechores* pretenden sustentarlo, à nombre de lo que ellos llaman autonomía humana, libertad de conciencia y tantos otros pomposos conceptos tan utópicos como vanos.!

Al entrar de lleno en esta cuestion trascendental, procuraremos eludir todo òrden de consideraciones psicológicas que puedan dar oscuridad al razonamiento, el cual apoyaremos únicamente en los hechos culminantes que la práctica enseña.

Prescindimos por tanto de la insuficiencia, muchas veces, de la razón humana, y de la harta facilidad con que se extravía al formular los juicios admitiendo frecuentemente como bueno y verdadero lo que sólo tiene forma ó apariencia de tal, y únicamente apuntaremos como fenómeno constante, que la aspiración del hombre à la virtud, mantiene una lucha perenne con el influjo de las pasiones, las ideas de caridad con el egoismo, el bien con el mal, el deber con la infracción: y no es ménos cierto, que por una debilidad inherente à nuestra condicion cedemos más fácilmente al incentivo de las pasiones, sin que baste à emanciparnos de tan ominosa coyunda la enseñanza del pasado, ni los amargos frutos que à manos llenas nos ofrece el presente. He aquí, pues, justificada la necesidad de un elemento que ofreciendo remedios eficaces à nuestras pasiones y oponiendo un dique suficiente à sus violentos arrebatos, haga real y posible la práctica del bien. Tal es la gran misión del Catolicismo: profundo en sus miras, como filosófico en su doctrina, y comprendiendo cuán peligroso es dejar à la razón humana abandonada à sus propias fuerzas, toma al hombre en sus brazos desde el umbral de la vida, y sujetándole con el ancòra de la autoridad, le prodiga en todas las fases de su existencia la eficacia de sus auxilios.

Y es ciertamente admirable la íntima relación de analogía entre la verdad catòlica revelada y el sentimiento interno de la conciencia, relación que en vano intentaremos encontrarle con ningun otro culto ni secta deisidente. Retrogrademos una mirada por el gran libro de todos los tiempos y posando la reflexion en aquella caprichosa máquina de religion que se llamó paganismo, ¿quien no la rechazará instintivamente como un tejido de absurdas creaciones, que dogmatizando el vicio hacian de él una ofrenda à la divinidad? El Islamismo, que en otros tiempos agrupó à sus banderas gran séquito de afiliados, tiene un célebre libro, que es la síntesis de su creencia y el código de su moral: el koran tampoco puede eliminarse al repudio de la conciencia, porque, lejos de combatir las pasiones, las alienta y estimula: à Lutero, en fin, y à tantos otros heresiarcas como han perturbado el mundo, yá

sabemos lo que les empujaba en su camino de rebelion.

Sométase en cambio á un análisis minucioso, no ya la moral católica, si que tambien el dogma, y habrémos de asentir á sus verdades con una espontaneidad tal, que no parecerá sinó que brotan, digámoslo así, de nuestra propia alma. La armonia entre la doctrina católica y la ley natural, es del todo perfecta, y no otra cosa podia suceder reconociendo ambas idéntico origen: en razon á esta afinidad, cumpliendo la prescripcion católica satisfacemos tambien los instintos de la conciencia, que son realmente los fundamentos de la moral única y primitiva.

La religion y la moral son ideas perfectamente distintas, pero tan estrechamente unidas, que sin la primera no se comprende la segunda en el terreno práctico. Quitad á Dios de la sociedad, es decir, figuraos una sociedad materialista donde la justicia, la verdad, el génio, la inteligencia y la moral no sean otra cosa que el resultante de combinaciones químicas, donde la vida del espíritu sea una utópica abstraccion, donde sea inútil dirigir al cielo una mirada suplicante, donde se rechace la idea de una vida futura, de un lugar de expiacion y otro de bienaventuranza, é instantáneamente habrá perdido la vida cuanto tiene de serio; todas las ambiciones más ilegítimas verian roto el freno que las sujeta, y la suerte que á la humanidad quedaria reservada, no es dudosa.

Inmenso campo de consideraciones ofrece á la inteligencia el asunto que nos ocupa, pero íntimamente persuadidos de que hablamos en un pueblo donde el sentimiento católico se halla hondamente arraigado, vamos concretándonos á meras indicaciones que á la vez nos evitarán hacernos demasiado prolijos.

Los que, erijiéndose en guias del linage humano, proclaman la independenciam de todo yugo religioso, suelen preguntar; ¿si únicamente en el seno del Catolicismo, se puede llegar á la cumbre del progreso, cómo se explica que ántes que el Evangelio echase la semilla de la gracia, hubiera pueblos que, abandonados á la ley natural y sumidos en las aberraciones de la idolatria, alcanzaron, sin embargo, un grado de civilizacion admirable y fueron grandes y poderosos? No tratamos de negar el encumbramiento de los pueblos antiguos, pero dígasenos: ¿qué queda hoy de aquellos imperios con sus decantados adelantos? ¿qué hizo de sus grandezas y de sus glorias? Solo consiguieron legar á la historia una página más ó ménos brillante, pero todos caminaron á su destruccion: ¿cuál era pues la fórmula de sus civilizaciones que así les llevaba á la muerte, cuando creian alcanzar la meta del progreso? El mundo antiguo es un vasto teatro donde á cada momento varian y se suceden las perspectivas: nada en él tiene condiciones de fijeza, nada hay estable: el pueblo que ayer blasonaba de libre é ilustrado, hoy yace sujeto al yugo de la servidumbre y envuelto en la más degradable abyeccion y embrutecimiento.

El nuevo elemento de vida apareció en Jusus: doce hombres

humildes y desconocidos fueron encargados de esparcir por el mundo el germen de toda civilización duradera.

MIGUEL ESCOBAR.

RECUERDO A MI HERMANO POLITICO D. JOSÉ DONATO MATEOS

EN PRUEBA DE BUEN AFECTO.

Á SOLEDAD.

DESCANSA EN PAZ.

I.

¡La vida...! ¿Qué es la vida? Débil planta
Que agita el huracán de las pasiones;
Cuyo tallo se dobla y se quebranta
Al choque de encontradas sensaciones.
Piélago de pesar que nos espanta;
Torrente de mentidas ilusiones;
Fruto nocivo de sabor amargo;
Sombra, sueño, vision, fiebre, letargo.

Nace en el corazón una esperanza,
En su pos sin cesar nos agitamos;
El pecho de placer un grito lanza,
Creyendo, ilusos, ¡ay! que la encontramos.
Cuanto más cerca está, menos se alcanza;
De nuevo con empeño la buscamos,
Sin ver que esa esperanza es, à lo sumo,
Niebla, polvo, ilusion, celaje, humo.

Lentamente transcurre año tras año,
Finjiendo mejorar nuestra existencia:
La verdad, implacable en nuestro daño,
El amargo pesar nos evidencia.
Cada ilusion encierra un desengaño;
Cada paso, un lunar en la conciencia:
Es la ley, nuestra vida, del delirio,
De la pena, del llanto, del martirio.

Siempre la lucha con su ardor violento;
 Nunca la paz para calmar la pena;
 Horas mil de inquietud y de tormento
 Sin romper, ni un segundo, esta cadena.
 Y el alma, rebosando sentimiento,
 Por este torcedor que la envenena,
 Exclama con palabra dolorida:
 -¿Son éstas las dulzuras de la vida...?—

No hay otras, es verdad: nacer muriendo;
 No comenzar, cuando se está acabando;
 Soñar despiertos que se está viviendo,
 Cuando el tiempo veloz pasa matando.
 Gozar, acaso, si se está sufriendo;
 Sufrir, tal vez, cuando se está gozando....
 ¡Enfermiza razon que así delira;
 Error, contradiccion, burla, mentira..!

¿Qué es el orgullo? vanidad mundana,
 Sin razon, sin recuerdo, sin historia:
 Copia risible de soberbia vana;
 Espejo engañosador de falsa gloria;
 Corrupcion y miseria, que mañana
 Se encierra en una caja mortuoria:
 !Orgullo; ¡Santo Dios! orgullo el hombre
 Cuando el tiempo consume hasta su nombre..!

Amor, génio, ambicion, lujo, placeres,
 Ciencia que pasma, inspiracion que asombra,
 Festines de fantásticas mujeres,
 Danzas que apaga la mullida alfombra,
 ¿Qué son en conclusion? livianos séres,
 Humo, viento, ilusion, céfiro, sombra;
 Cada vez un recuerdo más tardío,,
 Que se estingue y que muere en el vacío.

¡Ah, pobre humanidad! loca y sin tino,
 Devorando tristísimos enojos,
 Corre su planta el áspero camino
 Sembrado de malezas y de abrojos.
 Y cuando toca el fin de su destino
 Con lágrimas amargas en los ojos,
 Ve su vida perdida en un desierto
 Y otra llegar de porvenir incierto,..

.

II.

Tú también con planta leve
Ese camino anduviste
Do el mundo loco se mueve;
Pero tu paso fué breve,
Y presto le recorriste.

Tan ligera aparición
Ligero te hizo el sufrir;
Que el luto del corazón
Pasa, como una visión,
Al comenzar á vivir.

No se prueban los engaños,
Ni el pesar hondo y profundo
De terribles desengaños,
Cuando son cortos los años
Que habitamos este mundo.

Apénas la primavera,
Ante tus ojos lucía,
De una vida placentera,
Abandonaste lijera
Esta morada sombría.

Y otro mundo más dichoso,
Felicidad mas cumplida
Buscaste con tu reposo:
Ni aun el llanto de tu esposo
Pudo alargarte la vida.

¿Para qué? ¿Vale la pena
La existencia que arrastramos
De contrariedades llena,
Para que, en gracia á la ajena,
Nuestra dicha suspendamos?

¿Ó alargar esa existencia
De afán, duelo, é inquietud,
Recargando la conciencia,
Si tenemos la evidencia
De que aguarda un ataúd....?

.
.
.

III.

Feliz mil veces tú, que en raudo vuelo
 Dejaste el mundo al comenzar la vida,
 Encontrando otra Patria de consuelo,
 Donde existe una dicha no mentida.
 Morada à tu virtud, te ofrece el cielo;
 Gloria inmensa, y eterna y merecida:
 ¡DESCANSA EN PAZ! y por nosotros ruega.
 Si nuestra voz hasta tu Patria llega.

—
 J. M. PUCHE.

—
 REVISTA DE MADRID.
 —

EL MES DE FEBRERO.
 —

A juzgar por su tamaño, el mes de Febrero es el menor de los doce meses; pero, à juzgar por el orden con que van naciendo, no puede negarse que es el segundo gèrito.

De suerte que Febrero es un mes imperfecto, un mes que no llega à la talla; un mes enano, un mes que entre los otros es lo que entre los caballos se llama una jaca.

Dice un refran castellano: «hombre chiquitin, embustero y bailarín.» y segun la esperiencia acredita, esto que se dice de los hombres, con igual razon puede decirse de los meses.

Como embustero y poco formal puede Febrero presentarse en cualquier parte. Se cansa antes que los demás meses, y se va con la música à otra parte à los veintiocho dias, sin esperar à estar entre nosotros treinta ó treinta y uno, como sus hermanos. Pero cuando más creidos estamos en que sólo durará veintiocho dias, llega un año en que, à pretexto de ser bisiesto, nos embroma por espacio de veintinueve.

Unas veces promete anticipada primavera, y rejuvenece los campos con hermosa temperatura y sol esplendente; otras derrama sobre el mundo inesperadas nieves, ó se divierte en arrancar chimeneas y echar à rodar los sombreros por medio de huracanes, más propios de su hermano Marzo; y hay ocasiones en que nos envuelve en agua, y en barro de dia y de noche con tanto afan como si no tuviera otra cosa en que ocuparse. Aquel refran que dice: «por Febrero busca la sombra el perro,» unos dias es gran verdad y otros insigne despropósito, gracias al variable carácter de Febrero y à la poca formalidad que le distingue.

Como bailarín nos es menos notable que como embustero: todos los años nos trae el carnaval, época abundante en bailes pù-

blicos y particulares.

De los hombres pequeños decía Breton de los Herreros por boca de *Marcela*:

Puesto que el hombre no es bueno
le prefiero chiquitin;
que en pequeño vaso, al fin,
no cabe mucho veneno.

Pero de los meses no puede sostenerse lo mismo, porque aun cuando, por lo común, los ónce de mayor estatura, más son los disgustos que nos dan que los placeres que nos proporcionan, ninguno es de peor índole y más abundante en enfermedades y defunciones que Febrero. Aquí, aunque el vaso es chiquitin, trae más veneno que los otros.

Si me pregunta el lector cuales son las novedades presentadas á los habitantes de Madrid por el mes que ha terminado, apenas sé qué contestarle.

Consultaré á los médicos, y me dirán que en Febrero han abundado las enfermedades del aparato respiratorio, de la cavidad torácica y de los órganos encefálicos; que se han presentado no pocas neumonias, algunas hepatitis y ejemplos graves de gastro-entero-colitis; que no ha dejado de haber abundancia de exantemas febriles, y que las defunciones han recaído principalmente en ancianos y personas débiles.

Si esto os parece poco ameno, acudiré á cualquier individuo de las estudiantinas del carnaval, y después de hacerle referir sus aventuras, sacaremos en limpio que esa época ha sido exactamente igual á su hermana la del año anterior y la de los que le precedieron; los mismos trages, las mismas bromas, los mismos salones, y casi hasta parece que las personas disfrazadas son las mismas siempre. No me atrevo á decidir la cuestión de si el carnaval vuelve á una parte de los hombres y de las mujeres locas, y tontas á la otra, ó si vuelve tontos á todos, ó sea á los actores que hacen simplezas y á los espectadores que se divierten presenciándolas.

—De teatros, sí que tendrá V. mucho que contarnos, exclamará alguno de los que esto lean. ¡Oh! tanto hay, que, francamente, no sé que decir á Vds. Los teatros principales y los teatros de à real ó de real y medio estan llenando de títulos de obras nuevas los catálogos de las galerías dramáticas. Difícil tarea sería la de hacer la estadística de las producciones dramáticas estrenadas al cabo del año, tanto más cuanto que todas pasan como relámpagos. El público quiere novedades cada día, y en todas encuentra algo para no quedar contento, y los teatros estan pasando una época verdaderamente lamentable para las empresas y para la literatura.

Si pasamos revista á los salones que se han abierto, no es posible dejar de hacer mención del salon del Prado, que es el

que está siempre más abierta. Allí lucieron su garbo las tardes de Carnaval *la señá Pepa*, la ternenera, vestida de valenciana, con sus hijas *la Manolita* y *la Paca*; allí dió muchas bromas Jeroma la aguardentera, que llevaba un traje de beata, hecho con una falda negra y unas enaguas blancas que le prestó D.^a Angelita, la del sotabanco, viuda de uno que fue de tropa; la mujer del Sr. Antonio, el tabernero, iba *de antigua*, y sus hijas, una de mora y la otra de hombre, que à no ser porque está muy gorda y llevaba chaqueta, lo que es vista de frente, cualquiera hubiese creído que era un chico.

De gallega fue Pepa, la castañera; Cristina, la cigarrera de manola; Bastiana, la chata de *señora*; la chica mayor del buñolero de dominó; y de reina, con su corona de papel dorado, su cetro y todo, Lucía la guarnecedora.

En cuanto à los hombre tampoco faltaron trages *finos* y de *señorio*. Manolo, el cortador iba de guerrero; con casaca bordada Nicolás, el torero de invierno; de frac y sombrero alto, hecho todo muy propio de estera blanca, el marido de la guisandera del número 7.; de diablo amarillo y negro Paco, el que pega carteles de teatro; y Pepe, el que cazaba perros para el ayuntamiento y vende naranjas y pñones, de *al higuí*, que daba gusto verle rodeado de muchachos, sin que necesitase poner en la cuerda más que un higo en toda la tarde, por la maña que tenía para que no lo arrancasen con la boca, aunque ya lo tuviesen en ella.

Después del salon del Prado podíamos examinar otros salones; pero como todos son ménos espaciosos, y tendríamos además que vestirnos de etiqueta más ò ménos rigurosa, mejor es dejarlo, que ya se figurarán los lectores lo que pudiera yo decirles de esas recepciones.

A propósito de recepciones. Dirigiéndose à un capitalista, casi tan abundante en dinero como en codicia, decia un umigo mio.—Ya he visto en los periódicos, que *da V.* grandes bailes los sábados,

—¡Yo dar!—respondió el banquero aterrado. Eso nunca. *Recibo* por costumbre, en esas noches à unas cuantas personas.

Horma del zapato de este avaro pudiera ser el mueblista del cuento siguiente.

Anunciábase en la cuarta plana de los periódicos un tapicero, que se encargaba de amueblar y adornar habitaciones por un tanto convencional y à pagar en plazos.

Una señora, que presumia de elegante y de aficionada al lujo, aunque con poca renta, presentóse en el establecimiento de aquel industrial encargándole un mobiliario completo para la más principal de su casa.

Escogió la señora los efectos, y convinieron ella y el vendedor en que el precio seria 4.000 duros, y diez años el plazo para

satisfacerlo por semestres.

—Enviémelo V. pues, todo, dijo la señora.

—En cuanto me entregue V. los 4.000 duros, respondió el mueblista.

—¿Pues no hemos convenido en que el pago sería por semestres.?

—¡Oh! si tal, y así será efectivamente: V. me entrega ahora mismo, no como pago, sino en depósito los 4.000 duros, y yo iré dando á V. los recibos de los semestres á medida que vayan venciendo.

Escuso decir á mis lectores que la señora dijo *que volvería*.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

LAS DOS GOTAS.

Gota de elixir caida
En el alma sin tardanza,
Y que dá valor y vida,
Es una dulce esperanza.

Y gota de hiel posada
En el corazon con daño,
Que hace muerte deseada,
Es un triste desengaño.

A. GARCIA VISO.

A UNA ROSA.

Bella flor, que tan lozana
Prodigas gratos perfumes,
Y que del vergel presumes
Ser la más linda y galana;
Yo tu vanidad temprana
Quiero en el acto humillar,
Dedicándote á adornar
De Mirta la frente pura,
Para que al ver su hermosura,...
Mueras de envidia y pesar.

ARTURO BELDA.
